

SERIE CRAVE

fulgor



Siente el latido. Ya forma parte de ti.

TRACY WOLFF

TRACY WOLFF

FULGOR

(Serie Crave 4)

Traducción de Pura Lisart e Isabella Monello

0
SENTIRLO HASTA QUE TE ROMPA
(HUDSON)

Estamos jodidísimos.

Y si la expresión de terror de Grace indica algo, es que ella también lo sabe.

Me gustaría decirle que todo va a salir bien, pero la verdad es que yo también estoy aterrorizado. Solo que no por las mismas razones que ella, aunque todavía no estoy preparado para tocar ese tema.

Ahora mismo está sentada en mi sofá, enfrente de la chimenea, con el pelo aún húmedo de la ducha y los rizos relucientes bajo la luz parpadeante. Lleva una de mis camisetas y un par de mis pantalones de chándal arremangados.

Jamás ha estado más preciosa.

O más indefensa.

Ante la idea, el miedo amenaza con abrumarme, aun cuando me digo a mí mismo que no está tan indefensa como me creo, ni de lejos. Aunque me asegure a mí mismo que puede superar cualquier cosa que nuestro puto mundo le ponga por delante.

Cualquier cosa excepto a Cyrus.

Si algo he aprendido de mi padre es que jamás se detendrá. No hasta que consiga lo que quiera, y que les den a las consecuencias.

La idea hace que se me hiele la sangre.

En toda mi amarga existencia, jamás le he temido a nada: no me da miedo vivir, y mucho menos morir. Fue aparecer Grace y ahora vivo en un terror constante.

Terror a perderla y terror a que, si lo hago, se lleve la luz consigo.

Sé lo que es estar en las sombras..., he vivido toda mi puta vida en la oscuridad.

Y no pienso volver.

—¿Quieres...? —Me aclaro la garganta y vuelvo a empezar—. ¿Quieres algo de beber? —pregunto, pero Grace no me contesta.

Ni siquiera estoy seguro de que me haya oído, pues continúa con la mirada fija en el móvil, no quiere perderse nada de lo que concierne a Flint. El especialista ha llegado hace diez minutos para examinarlo, y la espera para saber si podrá salvar la pierna está siendo interminable. Sé que le gustaría estar en la enfermería con él, a todos nos gustaría, pero cuando nos ha pedido privacidad no hemos podido negarnos.

—Vale, bien. Tardo solo unos minutos —le aseguro, porque ella no es la única que necesitaba darse una ducha desesperadamente.

Sigue sin contestar y no puedo evitar preguntarme qué estará pensando. Qué estará sintiendo. Apenas ha pronunciado unas cuantas palabras desde que regresamos al instituto y nos dimos cuenta de que Cyrus nos había engañado para secuestrar a todos los alumnos mientras luchábamos en la isla. Solo me gustaría saber qué puedo hacer para ayudarla. Para llegar hasta ella antes de que todo vuelva a irse a la mierda.

Porque ocurrirá. Las nuevas y terroríficas alianzas que ha forjado Cyrus son prueba de ello. Al igual que el atrevido secuestro de los hijos de los seres paranormales más poderosos del mundo. Ya no puede ir más allá, lo único que le queda por hacer es destruirlo todo.

Como no quiero dejar a Grace sentada sola y en silencio, me dirijo a mi colección de vinilos y rebusco entre los álbumes hasta que mis dedos se paran en el de Nina Simone. Saco el vinilo de su funda y lo coloco en el tocadiscos, toco un botón y espero a que la aguja se desdoble y baje con una crepitante dentellada de estática antes de que la voz ronca de Nina llene la silenciosa estancia. Ajusto el volumen para que suene de fondo y, después de mirar por última vez el cuerpo inmóvil de Grace, me doy la vuelta y me encamino al baño.

Me doy la ducha más rápida que jamás se haya visto, teniendo en cuenta la cantidad de sangre, vísceras y muerte que tengo que quitarme de encima. Me visto casi igual de rápido.

No sé por qué voy así de acelerado, no sé qué temo encontrarme cuando...

Mi pulso se ralentiza cuando veo a Grace justo donde la he dejado. Y por fin admito la realidad: la razón por la que no he querido apartar la vista de ella es que me da miedo que se percate de que se ha equivocado al elegirme.

¿Es un miedo irracional, aun teniendo en cuenta que me ha dicho que me quiere? ¿Que me elige a mí a pesar de todo lo que está pasando, a pesar de saber la carga que suponen mis poderes? Por supuesto que lo es.

¿Consigue eso que desaparezca? Ni de coña.

Ese es el poder que ejerce ella sobre mí, el poder que ejercerá siempre.

—¿Sabemos algo de Flint? —le pregunto a la par que saco una botella de agua de la nevera que hay en la esquina de la habitación y se la llevo.

—Aún no han dicho nada por el grupo.

Trato de pasarle el agua, pero, cuando a pesar de ver mi brazo extendido no la coge, me dirijo a la otra esquina del sofá, me siento a su lado y coloco la botella en la mesa que hay delante de nosotros.

Entonces ella le da la espalda al fuego y me atraviesa con una mirada dolida mientras susurra:

—Te quiero.

Y mi corazón vuelve a acelerarse.

Está muy seria, demasiado seria, suena incluso algo desesperada. Así que hago lo que siempre he hecho para sacarla de su ensimismamiento: le tomo el pelo, esta vez emulando nuestra cita favorita de una película.

—Lo sé.

Cuando una sonrisa perezosa asoma a las lindes de las sombras que hay en sus ojos, sé que he tomado la decisión correcta. Tiro de ella

para que se siente sobre mi regazo y disfruto de la sensación de tener todo su cuerpo pegado al mío. Bajo la mirada y paso el dedo por el anillo de compromiso que le regalé; recuerdo la promesa que le hice ese día, la temblorosa convicción de mi voz mientras pronunciaba esas palabras trascendentales, y se me encoge el pecho.

—¿Sabes? —pregunta mientras busca mi mirada para que se encuentre con la suya—. Dijiste que si adivinaba la promesa que habías hecho me la contarías. Creo que lo he averiguado.

Levanto una ceja.

—¿La sabes?

Asiente.

—Prometiste traerme el desayuno a la cama durante el resto de mi vida.

Me río con un resoplido.

—Lo dudo. Eres insoportable por las mañanas.

Su cara se ilumina con la primera sonrisa auténtica que le he visto desde lo que se me antoja una eternidad.

—¡Oye!... No sé de qué me estás hablando.

Entonces se ríe de su propio chiste y no puedo evitar unirme a ella. Es una pasada verla sonreír de nuevo.

—Ya lo sé... —continúa mientras finge rumiar alternativas—. ¿Has prometido dejarme ganar todas las discusiones?

Me río con todas mis ganas ante la ridícula sugerencia. Le encanta discutir conmigo. Lo último que querría sería que yo me achantara y dejara que se saliera con la suya.

—Ni hablar.

Entonces Grace se queda quieta y parpadea.

—¿Es que no me lo vas a contar nunca?

No está preparada para escuchar lo que prometí antes de saber que alguna vez correspondería a mis sentimientos. Así que, en vez de eso, bromeo.

—¿Y qué gracia tendría?

Ella hace como que me da un puñetazo en el hombro.

—Algún día te lo voy a sonsacar. —Pasa la mano delicada por mi

incipiente barba y vuelve a mirarme con seriedad—. Tengo todo el tiempo del mundo para seguir adivinando, compañero.

Y así, sin más, combustiono.

—Te quiero —susurro y me inclino para rozar sus labios con los míos. Una vez, dos veces. Pero Grace no piensa consentirlo. Levanta los brazos y sujeta mi cabeza entre la palma de las manos; sus pestañas aletean sobre las mejillas justo antes de que me exija que le entregue todo de mí. Mi aliento. Mi corazón. Mi alma entera.

Ambos nos quedamos sin respiración y me inclino hacia atrás para capturar su mirada. Podría perderme en las profundidades de sus cálidos ojos castaños durante toda la eternidad.

—Te quiero —le vuelvo a decir.

—Lo sé. —Me toma el pelo al repetir las palabras que he pronunciado antes.

—Esa boca de sabelotodo va a acabar matándome —murmuro, y comienzo a besarla una vez más mientras en mi cabeza danza la idea de cogerla en volandas y llevarla hasta la cama. Pero ella se pone rígida y sé que el comentario irreflexivo sobre mi muerte le ha recordado, nos ha recordado a ambos, todo lo que hemos perdido y lo que todavía podríamos perder.

Casi se me detiene el corazón cuando veo que se le llenan los ojos de lágrimas.

—Lo siento —musito.

Ella niega con la cabeza con rapidez, como para asegurarme que no debería castigarme por el desliz, pero, bueno, eso no va a pasar. Entonces se muerde el labio; la barbilla le tiembla, ya que intenta retener todo el dolor que siente dentro, y por millonésima vez quiero darme una bofetada por hablar siempre primero y pensar después cuando está cerca de mí.

—Nena, todo va a salir bien —afirmo aun cuando todo mi interior se convierte en líquido. Los huesos, las arterias, los músculos... Todo se disuelve en el intervalo que va de una respiración a otra, y todo lo que me queda es lo que seré una vez que no esté Grace. Una cáscara vacía y sangrante—. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué necesitas...?

Me interrumpe al colocarme los finos dedos fríos sobre la boca.
—Luca ha muerto en vano. La pierna de Flint, el corazón de Jaxon, todo... Todo ha sido en vano, Hudson —farfulla.

Vuelvo a estrecharla entre los brazos, la abrazo mientras la angustia de lo que hemos sobrevivido se abre paso por su sistema; su temblor se convierte en el mío porque sé que ya no me quedan excusas.

En este instante, mientras abrazo a la chica a la que amo, la chica por la que haría cualquier cosa con tal de salvarla, sé que mi tiempo se ha agotado. La fría y dura realidad que llevo evitando con todas mis fuerzas durante la última hora me golpea de pleno y me deja sin respiración.

Es todo culpa mía.

Todo. Cada agonía, cada muerte, cada momento de dolor que Grace y los demás han sufrido en esa isla... Todo es por mi culpa.

Porque he sido un egoísta. Porque todavía no quería renunciar a ella. Porque he sido débil. Me he pasado toda la vida huyendo del destino que mi padre siempre quiso para mí, pero ahora me he dado cuenta de que no me queda alternativa. Viene a por mí lo quiera o no, y no puedo hacer una mierda para evitarlo. No por segunda vez. No si la felicidad de Grace está en juego.

Y cuando me rinda ante mi destino, me temo que nos destruirá a todos.

1
A VECES A LA TERCERA
NO VA LA VENCIDA

Quiero estar donde sea menos aquí.

Donde sea menos aquí de pie, en medio de esta sala excesivamente fría que hiede a dolor, a sufrimiento y a una gran cantidad de anti-sépticos. Le dirijo una sonrisa fugaz a Hudson antes de encararme al resto del grupo.

—¿Qué es lo primero que vamos a hacer? —inquire Macy en voz baja, pero la pregunta de mi prima hace eco por la enfermería en ruinas, y rebota por las paredes vacías y las camas rotas como un disparo.

Es la pregunta del millón, o más bien del billón. Y ahora mismo, delante de Macy y nuestros amigos, no tengo ni idea de cómo contestar.

A decir verdad, llevo en estado de shock desde que aparecimos en el Katmere y nos lo encontramos arrasado, con las paredes manchadas de sangre, las aulas hechas un desastre y todos los alumnos y los profesores desaparecidos. Y ahora nos enteramos de que no ha habido forma de salvarle la pierna a Flint. Estoy destrozada, y el hecho de que él intente con tanto ahínco mostrarse fuerte lo empeora mil veces más.

Una hora después, y tras haberme dado una ducha, puede que me sienta más limpia, pero todavía no me he recuperado de tanta devastación.

Peor aún, mientras paso la vista del rostro de uno de mis amigos al otro —Jaxon, Flint, Rafael, Liam, Byron, Mekhi, Eden, Macy, Hudson—, es evidente que están tan alterados como yo. Y ninguno parece tener mucha más idea sobre qué va a ser lo siguiente.

Pero, bueno, ¿qué se supone que debemos hacer en un momento así? Un momento en el que el mundo tal y como lo conoces está llegan-

do a su fin y tú estás en medio viendo cómo se desmorona ladrillo a ladrillo. Un momento en el que cada muro que has reforzado tan solo ha creado una grieta en todo lo que te rodea que lo hará derrumbarse.

No es la primera vez que hemos sufrido una pérdida en los últimos meses, pero sí es la primera desde que mis padres murieron que parece que no hay esperanza para nosotros.

Incluso cuando estaba sola en el campo del Ludares, supe que las cosas saldrían bien: si no para mí, sí para el resto de las personas que me importan. O cuando me enfrenté a los gigantes con Hudson, siempre supe que él sobreviviría. Lo mismo cuando estábamos en la isla de la Bestia Imbatible para enfrentarnos al rey vampiro y a sus tropas, aún sentía que teníamos una oportunidad. Aún sentía que, de alguna forma, encontraríamos la manera de derrotar a Cyrus y sus impías alianzas.

Y al final, cuando huyó, pensamos que lo habíamos conseguido.

Que al menos, si no habíamos ganado la guerra, habíamos ganado esa batalla.

Que los sacrificios, los inconmensurables sacrificios que habíamos hecho, habían valido la pena.

Hasta que regresamos aquí, al Katmere, y nos dimos cuenta de que no habíamos librado una guerra, ni siquiera una batalla. No, lo que para nosotros había sido una cuestión de vida o muerte, lo que nos había hecho caer de rodillas y nos había abocado a un abismo de desesperación, ni siquiera había llegado a ser una batalla. En lugar de eso, había consistido más bien en un juego; uno que trataba de mantener a los niños ocupados mientras los adultos se encargaban de ganar la verdadera guerra.

Me siento como una idiota..., como una fracasada. Porque, a pesar de que sabía que no se puede confiar en Cyrus, a pesar de que sabía que se guarda una infinidad de ases bajo la manga, nos lo tragamos. Peor aún, algunos de los nuestros incluso murieron.

Luca murió y ahora Flint ha perdido una pierna.

A juzgar por la cara de cada una de las personas que hay en la enfermería, no soy la única que se siente así. Una mezcla amarga de

agonía e ira se cierne sobre nosotros. Es tan pesada que apenas sobra espacio para sentir cualquier otra cosa; apenas sobra espacio incluso para pensar en cualquier otra cosa.

Marise, la enfermera del instituto y la única superviviente que queda en el Katmere, descansa en una de las camas de hospital. En sus brazos y en una mejilla siguen apreciándose las magulladuras y los cortes; son el testimonio de que peleó con uñas y dientes, pues su metabolismo vampírico todavía no la ha curado. Macy le lleva una botella de sangre de una nevera cercana y Marise asiente como agradecimiento antes de beber. Es evidente que haber ayudado al especialista con Flint ha agotado las pocas fuerzas que le quedaban.

Le echo un vistazo a Flint, que descansa en una cama del rincón con lo que le queda de pierna en alto; observo el dolor que marca un rostro que normalmente esboza una amplia sonrisa bobalicona y se me cae el alma a los pies. Parece tan pequeño, con los hombros hundidos por el dolor y la pena, que tengo que tragarme la bilis que me sube por la garganta. Lo único que me mantiene en pie en estos momentos es la pura fuerza de voluntad; bueno, eso y Hudson, que me envuelve la cintura con un brazo, como si supiera que me caería al suelo sin su apoyo. Su abrazo, su evidente intento de consolarme, debería tranquilizarme. Y quizá lo haría si ahora mismo no estuviera temblando tanto como yo.

El silencio se extiende entre nosotros como una cuerda en tensión, hasta que Jaxon se aclara la garganta y dice con una voz tan áspera como nuestros sentimientos:

—Tenemos que hablar de Luca. No queda mucho tiempo.

—¿Luca? —pregunta Marise, su congoja es evidente en la afonía de su voz—. ¿No ha sobrevivido?

—No. —La respuesta de Flint es tan vacía como sus ojos—. No lo ha hecho.

—Hemos traído su cuerpo de vuelta al Katmere —añade Mekhi.

—Bien. No debería quedarse en esa isla del demonio. —Marise intenta articular algo más, pero su voz se quiebra a la mitad. Se aclara la garganta y vuelve a intentarlo—: Pero tenéis razón. No queda mucho tiempo.

—¿Tiempo para qué? —indago a la par que miro a Byron, quien se saca un móvil del bolsillo de delante.

—Hay que avisar a los padres de Luca —contesta mientras pasa el dedo por la pantalla—. Tienen que enterrarlo antes de que pasen veinticuatro horas.

—¿Veinticuatro horas? —repito—. Me parece muy poco tiempo.

—Es que lo es —afirma Mekhi—. Pero si no está sellado dentro de una cripta para entonces, se desintegrará.

La dureza de esa respuesta, de este mundo en general, hace que me falte el aire.

Por supuesto, todos nos convertimos en polvo al final, pero qué horrible que ocurra así de rápido. Puede que antes incluso de que los padres de Luca puedan verlo. Sin duda, antes de que cualquiera de nosotros pueda hacerse a la idea de que nos ha dejado de verdad.

Antes de que podamos despedirnos.

—Byron tiene razón —confirma Macy entre susurros—. Los padres de Luca merecen la oportunidad de despedirse.

—Por supuesto que sí —coincide Hudson con una voz que convierte el repentino silencio en una herida punzante—. Pero no podemos permitirnos concedérsela.

Parece que nadie sabe qué contestar a eso y, en vez de hablar, todos lo miramos fijamente, desconcertados. No puedo evitar preguntarme si lo he oído mal y, a juzgar por la cara de los demás, sienten lo mismo que yo.

—Tenemos que decírselo —anuncia Jaxon, y está claro que no tiene ganas de discutir sobre el tema.

—¿A qué te refieres? —pregunta Macy a la vez. Aunque no suena enfadada. Solo preocupada.

—Necesitan tiempo para trasladar el cuerpo a la cripta familiar —informa Byron, pero ha dejado de toquetear el móvil; quizá porque por fin ha encontrado el número de los padres de Luca o porque no se puede creer lo que está oyendo—. Si no los llamamos ahora, no quedará ni rastro de él.

Hudson aparta el brazo con el que me rodea la cintura y se aleja, no puedo evitar temblar ante la ausencia de su calidez.

—Ya lo sé —contesta a la par que se cruza de brazos—. Pero son vampiros, de la Corte Vampírica. ¿Cómo sabemos que podemos fiarnos de ellos?

—Su hijo está muerto. —A Flint se le quiebra la voz por la indignación mientras forcejea para ponerse de pie. No me puedo creer que ya se haya levantado y esté moviéndose, pero los metamorfos se curan rápido, incluso bajo las circunstancias más funestas. Jaxon se vuelve para ayudarlo, pero Flint levanta la mano en un silencioso «ni te me acerques», aunque no aparta la mirada de Hudson ni un segundo—. ¿De veras crees que se pondrán del lado de Cyrus?

—¿Tanto te sorprende la idea? —El rostro de Hudson no muestra emoción alguna cuando se vuelve hacia Jaxon—. Tú apenas has sobrevivido al último encuentro con tu propio padre.

—Eso es distinto —espeta Jaxon.

—¿Por qué? ¿Porque se trata de Cyrus? ¿En serio crees que es el único que piensa de esa forma? —Levanta una ceja—. Si lo fuera, no nos las habríamos tenido que ver con tanta gente en esa maldita isla.

El silencio se alarga hasta que Eden habla.

—Me duele, pero creo que Hudson tiene razón. —Niega con la cabeza—. No sabemos si podemos fiarnos de los padres de Luca. No sabemos si podemos fiarnos de nadie.

—Su hijo está muerto —repite Flint con empatía y entrecierra los ojos para mirar a Eden—. Tienen que saberlo mientras todavía quede tiempo para enterrarlo. Si sois unos putos cagones y no queréis hacerlo, pues lo haré yo. —Le clava una mirada llena de ira a Hudson—. ¿No se te ha ocurrido que no tendríamos que darles esta noticia si tú hubieras hecho tu trabajo?

Yo jadeo cuando las palabras reverberan por mi cuerpo como si me hubieran golpeado. Está claro que se refiere a la habilidad de Hudson de desintegrar a nuestros enemigos con solo pensarlo. Quiero cantarle las cuarenta a Flint por haber sugerido siquiera semejante cosa o, peor aún, por esperar que lo hiciera; pero sé que está dolido y que ahora no es el momento.

Hudson busca mi mirada enseguida, pero yo intento asegurarle

con los ojos que no es culpa suya. Aun así, a la velocidad del rayo vuelve a centrarse en Flint y abre los brazos en un gesto de incredulidad.

—Yo estaba ahí luchando, igual que tú.

—Pero no es lo mismo, ¿no crees? —Flint enarca una ceja—. Actúas como si lo hubieras dado todo de ti en esa pelea, pero todos sabemos que no es verdad. ¿Por qué no te haces esta pregunta?: Si hubiera sido Grace la que hubiera estado a punto de morir, ¿estaríamos teniendo esta conversación o seguiría con vida?

Hudson aprieta la mandíbula.

—No sabes de qué coño estás hablando.

—Sí, sigue engañándote.

Y con eso, Flint usa el borde de la cama para saltar hasta un par de muletas que hay en la esquina. Se las coloca debajo de las axilas y se esfuma sin pronunciar palabra.

Hudson no dice nada. Nadie dice nada.

Se me encoge el corazón al pensar en las decisiones que tiene que tomar, las expectativas que carga a la espalda. Expectativas demasiado pesadas para que nadie pueda con ellas. Y aun así, él lo hace. Siempre.

Pero eso no significa que tenga que hacerlo solo.

Lo atraigo otra vez hacia mis brazos y apoyo la cabeza contra su pecho, cierro los ojos y escucho el estable latido de su corazón hasta que comienza a relajar los hombros, hasta que apoya los labios en mi pelo y me da un suave beso. Solo entonces suspiro. Va a estar bien. Todos vamos a estar bien.

Pero entonces abro los ojos, mi mirada se posa en nuestros amigos y me quedo sin aliento.

Arrepentimiento. Ira. Acusación. Está todo ahí... dirigido hacia Hudson y hacia mí.

Es entonces cuando reconozco la verdadera victoria de Cyrus. Estamos divididos.

Lo cual es otra forma de decir que estamos bien jodidos. Otra vez.